

CUENTO N° 263

TÍTULO: UNA HISTORIA INUSUAL

SEUDÓNIMO: LA DISTRAÍDA

Una historia inusual

La distraída

Nace un personaje

El viento con arena golpeaba los vidrios de la casa de la familia Campari Malfatti, que vivía en pleno desierto. Era un día especial, comenzaron las contracciones de la señora Campari Malfatti y el niño o la niña estaba por nacer. Querían que fuera rubio o rubia y de ojos azules como ellos. Habían elegido los nombres: Arcangelo Pío si era hombre y María Cándida de los Sagrados Corazones Campari Malfatti si era mujer. Era una familia muy religiosa. Nació María Cándida de los Sagrados Corazones Campari Malfatti. Morena y de ojos cafés.

Parte de su infancia la pasó con su abuela materna “Ninín”, que además era su madrina de bautizo. Ella la educó para que se casara con un noble, le enseñó como comer en la mesa sin poner los codos encima, no hablar fuerte y no interrumpir a los mayores. La vestía con delantales blancos, sandalias blancas y calcetines blancos. María Cándida salía a jugar en el desierto con su carretilla llena de agua y atuendo impecable. A la vuelta llegaba cubierta en barro, siendo indistinguible su piel morena con la ropa. Esto hacía enfurecer a Ninín, quien la castigaba con pellizcones de esos que duelen. Su infancia fue transparente e invisible a pesar de la tierra, porque quería pasar desapercibida y no pertenecer a la nobleza que era muy aburrida para ella.

Primer día de colegio

Los Campari Malfatti se fueron a la ciudad en busca de una buena educación para María Cándida. Para seguir con su tradición religiosa, la pusieron en un colegio de monjas. Su primer día la angustió mucho. Le pusieron una blusa blanca almidonada, falda azul que debía tapar las rodillas, zapatos negros y calcetines negros. Todo era nuevo y pensó que para el resto de su vida tendría que andar vestida de noble. No

sabía cómo era un colegio, le preocupaba si iba a poder aguantar las ganas de ir al baño, ya que lo imaginaba como una iglesia grande, sin baños ni patios, tampoco sillas ni menos carretillas con barro para jugar. El colegio era de monjas que se disfrazaban con un largo y negro vestido, una pechera blanca almidonada y la cabeza amarrada con un género negro. “Deben ser de la nobleza”, pensaba. Eso no le gustó mucho, entonces prefirió inventar un mundo imaginario a gusto de ella, donde todo era lindo y alegre. Los niños se vestían con trajes de todos colores, hablaban fuerte y hasta podían gritar. Le gustó tanto ese mundo, que no escuchaba las clases, solo soñaba; era mucho más entretenido. Las notas bajaron y los padres tomaron cartas en el asunto.

Cambio de colegio

La cambiaron a otro colegio de monjas, mucho más difícil y exigente. La pusieron interna y solo podía salir una vez al mes. Su profesora jefe era la Madre Tormento, de gran altura y gran temperamento. La Madre Tormento la castigaba muy seguido. María Cándida no podía discutir porque no existían los derechos del niño y su abuela Ninín, le decía que las personas que iban a ser nobles no podían quejarse, menos en público.

Los almuerzos eran muy malos y poco variados. El peor era lentejas con pan que flotaba como una medusa. Todo de color gris como agua de calcetín. Ella siempre llevaba una bolsa de plástico en el bolsillo, porque si tocaban lentejas guardaba ahí las suyas y las de sus compañeras. La Madre Tormento controlaba a las niñas a la salida del comedor y se fijó que María Cándida tenía un bolsillo inflado. Le dijo que le mostrara aquello que llevaba guardado y en ese mismo instante tuvo que darse media vuelta y sentarse a comérselo todo. Ese mes no pudo salir del internado, entonces se replegó a su entretenido mundo de fantasía. Las notas volvieron a bajar y regresó a su primer colegio.

Llegó el verano y tal vez el amor

Era la estación que más le gustaba a María Cándida: Verano. Todo se iluminaba,

especialmente su vida, porque salía al mundo exterior. Le gustaba mucho tomar sol porque creía que el pelo se le iba a poner rubio como el de su mamá, pero por el contrario, su piel cada vez se volvía más oscura, lo que avergonzaba a sus padres. En la mañana iba a la playa y se juntaba con sus amigas y amigos. Ahí organizaban el bailoteo o fiesta para esa noche. En uno de esos bailoteos conoció al amor de su vida: alto, buen mozo y algo indiferente, pero eso lo hacía más atractivo. Le pidió a su papá que la dejara hacer una fiesta en su casa y él le dijo que sí. Desde ese momento no durmió más en las noches pensando en cómo organizaría todo. Su mamá le hizo un vestido deslumbrante y su amiga le dio unos tips para que se viera como artista de cine. Uno de los secretos era poner la cara en un balde con agua caliente y flores de manzanilla, para que el vapor de agua le llegara a la cara y no se arrancara. Ella tenía que respirar casi al punto de morir asfixiada. Lo hizo todo al pie de la letra. Luego llegó su amiga que la ayudo a vestirse y peinarse. Empezaron a llegar los invitados y su amiga los anunciaba. María Cándida estaba muy nerviosa. De repente su amiga imprudente le grita: ¡Llegó! Ella sale feliz y al verlo exclama ¡HOOOLA!, y en ese preciso instante una mosca distraída entró directo a la garganta de María Cándida, produciéndole arcadas. No podía haber sido peor. María Cándida retrocedió y se encerró en su pieza. Lloró por tres días, tanto que las lágrimas salieron por el pasillo y continuaron hasta la playa, donde se produjo un tsunami de lágrimas y la gente tuvo que arrancar para protegerse.

Sus estudios universitarios

Cuando terminó el colegio, se fue a Santiago a estudiar a la Universidad. Entró a un pensionado que estaba al lado de la escuela. Un día, quiso conocer el centro de Santiago. Recorrió varias calles y en una de ellas había una tienda muy grande en donde decidió entrar. Lo primero que vio fue una extraña escalera, que subía a las personas sin que ellas caminaran. Quiso vivir esa novedosa experiencia y se subió. Miraba por todos lados y de repente vio unas piernas con unos zapatos iguales a los de ella. “Que coincidencia” pensó. Continuó subiendo la mirada y el vestido era igual al de ella. Levantó la cabeza con la intención de comentar con su vecina este

fenómeno y vio que la cara era igual a la suya y también se reía. Era un espejo y su propio reflejo.

Le empezó a gustar vivir en Santiago. En la universidad tuvo muchos amigos y amigas. Un día salieron todos a comer al restaurant del momento. Muy entretenido. María Cándida no comió en todo el día, solo tomó agua para comer de todo en la noche. El lugar estaba lleno y había que esperar a que se desocupara una mesa, entonces se quedaron en la barra del bar. María Cándida pidió un pisco sour cathedral. La espera fue larga, pero al fin se desocupó una mesa. Leyó la carta y pidió un picante de camarones para recordar sus tierras. Estaba feliz. Era un grupo muy entretenido. De repente se sintió mal y se volvió todo negro. Abrió los ojos y vio unos zapatos negros con calcetines negros. Papel de diario y un estropajo para borrar las huellas de la borrachera. Se agachó un mozo y la ayudó a levantarse. Ella estaba completamente desorientada. La tomó del brazo uno de sus amigos y la ayudó a salir del restaurant que estaba lleno de gente. Con la vista fija en el horizonte y mirada marítima, caminó sin mirar a nadie. Al llegar al pensionado, sus amigas la metieron a una tina con agua fría y la dejaron un rato en remojo.

La vida continuó y ella terminó la universidad. Se recibió y empezó a trabajar. Con el primer sueldo, compró dos cuadros en acuarela de un pintor emergente para regalárselo a sus padres y un anillo con chispas de esmeralda y brillantes para ella, el que usó por muchos años. Lo cuidaba mucho. Tenía un gran valor emocional y material. Después de muchos años lo llevó a tasar con un joyero porque quería transformarlo, lo que fue imposible porque no eran piedras preciosas, sino que vidrios tallados que simulaban esmeraldas y brillantes.

Siempre le gustaron sus trabajos y eso la ayudó a superarse profesionalmente. Decidió estudiar una segunda carrera: psicología. Lo tenía muy claro. Esa era su vocación. Fue a inscribirse a la universidad y en la fila de en frente se encontró con tres amigas. Ellas iban a matricularse a la escuela de arte y a María Cándida le pareció mejor esa carrera para estar acompañada. Sin pensarlo mucho se cambió de fila y estudió arte. Fueron unos años maravillosos, donde el color apareció nuevamente alegrando su vida y entregándole sensaciones que la hacían

pertenecer a ese mundo. Cumplió su sueño y pudo comprarse una casa. Como compañero, tuvo un perrito al que le puso "Tormento" en honor a su profesora, la Madre Tormento.

Tormento creció y cuando ya era grande la atacó y mordió su mano. Como castigo, María Cándida lo mandó al campo y la cicatriz se quedó en su mano como recuerdo de la Madre Tormento por el resto de su vida.